

Resumen

Este trabajo aborda los sucesos de la Semana Roja de mayo de 1909, cuando a raíz de la represión policial durante el acto anarquista de conmemoración del día del trabajador, se desencadenó una huelga que paralizó a la ciudad y marcó un hito, por su alcance y magnitud. Más allá de la trascendencia de los sucesos, el objetivo de este escrito es comparar las diversas construcciones discursivas que propusieron algunos de los diarios de la época en torno de los acontecimientos de esa semana. Para ello, se aborda centralmente el contexto en el que estas representaciones mediáticas se inscriben, es decir el ámbito en el que dichos sentidos sociales circulan. Esto, haciendo mención a las principales características del movimiento obrero y de la sociedad de la época y, sobre todo, analizando particularidades de la prensa escrita y del campo periodístico de principios del siglo pasado.

Palabras clave: prensa – semana roja – medios gráficos - huelga

El presente trabajo propone un análisis de las representaciones mediáticas surgidas en torno de los sucesos de mayo de 1909 conocidos como Semana Roja. El objetivo es comparar cómo diversos medios gráficos de la época dieron cuenta de los extraordinarios sucesos y se posicionaron frente a ellos. Para eso atenderemos al contexto en el que dichas configuraciones de sentido entraron en circulación, haciendo mención de algunas de las principales características del movimiento obrero y de la sociedad de principios del siglo pasado, como así también a las particularidades de la prensa escrita y el periodismo de la época.

La elección de los acontecimientos de 1909 tiene que ver con la importancia de este momento histórico, en el que se evidencia el inicio del proceso de conformación y autonomización del campo periodístico, al tiempo que se articula la incorporación de amplios sectores sociales a la vida política del país.

Tomaremos para este análisis algunos diarios de amplia circulación en ese momento, tanto representativos de la prensa obrera como de diversos sectores de las clases dominantes. Los medios consultados son: La Protesta, La Vanguardia, La Nación, El Diario, La Razón y La Argentina.

La Semana Roja

Semana Roja es el nombre que se ha dado a la huelga general más importante que el país había conocido hasta 1909. El conflicto obrero se desencadenó a partir de la represión policial durante el acto anarquista de conmemoración del 1º de mayo de ese año. Las fuerzas policiales, al mando del coronel Ramón Lorenzo Falcón, dispararon sobre la multitud congregada en Plaza Lorea (Congreso). Hubo al menos una decena de muertos y alrededor de 80 heridos. Mientras la Avenida de Mayo se convertía en el escenario de una batalla campal entre los manifestantes y la caballería del escuadrón de seguridad, algunos anarquistas corrieron hacia Plaza Constitución, donde los socialistas daban inicio a su propio acto de conmemoración del día del trabajador. Éste se transformó rápidamente en una marcha de duelo por los obreros caídos momentos antes. Al día siguiente las dos centrales obreras convocaron a la huelga general. La medida duró una semana, tuvo alcance nacional y paralizó completamente a la ciudad de Buenos Aires. Durante esa semana se produjeron diversos hechos salientes, como por ejemplo la multitudinaria manifestación del día 4 de mayo, con motivo del sepelio de los muertos del 1º. Ese día una muchedumbre nunca antes vista (entre 50.000 y 80.000 personas) se congregó frente a la Morgue. El encuentro culminó con otro enfrentamiento con las fuerzas de la policía luego de que las autoridades se negaran a entregar los cadáveres a la masiva comitiva allí reunida. Otro hecho novedoso y disruptivo se produjo el día 7 de mayo, cuando se produjo el estallido de una bomba en un tranvía.

El domingo 9 de mayo, en asamblea de gremios se decidió el levantamiento de la huelga y se convocó a los trabajadores a que regresaran a sus puestos de trabajo.

Algunas de las demandas de los huelguistas fueron satisfechas por el gobierno (entre ellas la liberación de los detenidos durante el conflicto), pero los responsables de la sangrienta represión no obtuvieron sanción ni castigo alguno.

La importancia y trascendencia de la Semana Roja radica en que la huelga marcó un hito, por su alcance y magnitud. Además, sentó precedente con respecto a las principales características de los conflictos obreros del siglo XX en nuestro país: el alto grado

de organización entre las agrupaciones obreras y la represión violenta por parte de las fuerzas policiales.

La sociedad de la época

La primera década del siglo XX experimentaba el auge del modelo agroexportador, que organizaba la economía local hacia la exportación de productos primarios provenientes casi en su totalidad del campo. Estos productos tenían como destino las grandes urbes de los países centrales. Los medios de producción y las tierras estaban en manos de una clase dirigente que también detentaba el poder político.

Desde 1906 presidía el país José Figueroa Alcorta, a raíz del fallecimiento de Manuel Quintana, de quien era vicepresidente. Referente del Partido Autonomista Nacional (PAN), intentó durante su gestión aglutinar a las fuerzas conservadoras y evitar asimismo la avanzada de los radicales, los socialistas y los anarquistas. Esto último supuso la implementación de numerosas medidas represivas y también las primeras promesas respecto de la libertad de sufragio. Fue presidente hasta 1910, cuando lo sucedió Roque Saenz Peña.

El modelo económico requería de mano de obra y algunos países europeos, principalmente Italia y España, se ocuparon de proveerla. Entre el censo de 1895 y el de 1914 la sociedad sufrió, en términos demográficos, notables y significativas transformaciones: la población pasó de 3.954.900 a 7.884.900 de habitantes. Entre 1906 y 1910 entraron al país 1.200.000 inmigrantes. En esos años, la población urbana crecía rápidamente, en detrimento de la rural y en 1914 las ciudades del país albergaban al 58% de la población total: 4.573.000 habitantes. Poco menos de la mitad se alojaba en Buenos Aires, que desde 1906 tenía a Manuel J. Güiraldes como Intendente Municipal de la ciudad, y quien ese mismo año pasó a ocupar también la presidencia de la Sociedad Rural Argentina.

La creciente influencia inmigratoria y los reiterados conflictos y protestas del período representaban un problema para la oligarquía. Además, una nueva clase media se constituía como foco de cuestionamiento a la legitimidad de los sectores gobernantes.

Importantes cambios en el sistema educativo fueron implementados desde las últimas décadas del siglo XIX a fin de moldear y encausar a la nueva masa de inmigrantes en el proyecto de sociedad de la oligarquía tradicional. Mientras que, según el censo nacional de 1895, de los 3.245.888 habitantes el 45,6% estaba alfabetizado, en 1914 el mismo censo arrojó que de 6.301.961 habitantes el 62,1% estaba alfabetizado. Pero no sólo se recurrió al sistema educativo; cuando éste no fue suficiente, se promulgaron leyes para rechazar al elemento no deseado, como es el caso de la Ley de Residencia de 1902 que permitía la expulsión de todo inmigrante que representara un peligro para la seguridad nacional y el orden público.

La clase obrera y sus reclamos

Junto con el crecimiento de la población y a medida que iba acentuándose –aunque a ritmo lento- el proceso de industrialización, se constituía una clase trabajadora numerosa. Sin embargo, una de las principales características de los sectores asalariados de aquel momento era su heterogeneidad, dada por las diferentes modalidades de empleo, las disparidades en la retribución salarial, las distintas pautas y usos en el ámbito del trabajo, entre otras cosas. A estas disparidades se sumaban, además, las diferencias de comportamientos, costumbres y lenguajes –es decir, las diferencias culturales- asociadas a los lugares de procedencia de cada grupo.

No obstante la diversidad presente en el mundo del trabajo, ello no impide la consideración de factores coadyuvantes en la formación de una clase trabajadora. Como señalan Frydenberg y Ruffo, “en su identidad como clase había factores aglutinantes tales como su condición general de explotados y marginados de la sociedad política” (1). Sin embargo, los intentos que se realizaron desde fines del siglo XIX, en aras de consolidar la creación de una central sindical única, fracasaron reiteradamente. Las discordias políticas e ideológicas determinaron la división del movimiento obrero en dos tendencias irreconciliables: anarquistas y socialistas. A las discrepancias de fondo, ligadas al modelo de sociedad deseado, se sumaban las cuestiones relativas a las formas adecuadas para encarar la lucha (entre otras, por ejemplo, en torno de la validez o no de la convocatoria a la huelga general).

Así, a comienzos del siglo XX eran dos las principales centrales gremiales que convivían -no sin tensiones- en nuestro país. Una era la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) que respondía al anarquismo; y la otra era la UGT (Unión General de Trabajadores), de corte socialista. Durante las primeras dos décadas de ese siglo fue la FORA de los anarquistas la central mayoritaria. De acuerdo con Frydenberg y Ruffo, “el predominio del anarquismo se explica por la peculiar estructura de la clase obrera de principios de siglo: su heterogeneidad étnica y social, su dispersión productiva, su condición de inmigrantes facilitaron el desarrollo del anarquismo que apelaba genéricamente a los explotados y levantaba banderas antiestatales y de revuelta inmediata que se amoldaban al espíritu de los trabajadores” (2).

Desde el surgimiento –alrededor de 1880- de las organizaciones gremiales en nuestro país, las primeras medidas de fuerza

adoptadas habían tenido por objeto la reivindicación de mejoras salariales. A partir de 1890, se incorporó también el reclamo por la reducción de la jornada de trabajo: se aspiraba a una jornada laboral de ocho horas, en lugar de doce, catorce o incluso dieciséis, que era lo habitual.

En particular en el año 1909, el poder adquisitivo de los trabajadores había sufrido una involución, sobre todo en relación con los aumentos que se verificaban en rubros sensibles, tales como los alquileres y los alimentos. Sumado a esto, otro foco de descontento entre los trabajadores de la ciudad era la promulgación de un nuevo Código Municipal de Penalidades, que afectaba la labor de los conductores de vehículos e imponía el uso de una cédula de vecindad a empleados de servicio doméstico y del transporte. Frente a dicha medida, durante el mes de abril los gremios anarquistas de la Federación de Rodados habían declarado una huelga general que daría comienzo el lunes 3 de mayo y se prolongaría hasta tanto fuera derogada la nueva ordenanza. Luego de los sucesos del 1º de mayo, esta demanda se incorporó a las otras, relativas a la remoción de Falcón y a la liberación de los obreros detenidos.

La convocatoria a la huelga general durante la Semana Roja obtuvo un masivo acatamiento. Algunas estimaciones dan cuenta de que más de 250.000 trabajadores se sumaron a la medida, sobre un total de empleados y obreros estipulado en 550.000.

La prensa y el campo periodístico

Resulta vital para este análisis ahondar en el lugar que ocupaba la prensa escrita en aquel entonces, más aun cuando se considera que los medios son uno de los principales agentes en lo que hace a la construcción social de lo que se entiende como *realidad*. Según Bronislaw Baczko: “los medios de comunicación juegan un papel relevante en la construcción de los imaginarios sociales ya que, al producir bienes simbólicos, aportan a la construcción que esa sociedad hace de su imaginario. Los imaginarios sociales son representaciones (...) que una determinada sociedad o comunidad tiene de sí misma o de otras. A través del imaginario social una comunidad designa su identidad: elabora una representación de sí misma, marca la distribución de los papeles y los roles sociales; expresa e impone ciertas creencias, etc. Esa identidad colectiva marca un territorio y define las relaciones con los ‘otros’” (3).

A su vez, los medios fijan la agenda de lo noticiable y problematizable en un momento histórico determinado. Esas agendas de cuestiones, temas, problemas que el medio instala en la sociedad, esconde siempre criterios de selección que suponen puntos de vista y formas de abordar temáticas de acuerdo con los intereses de los medios y quiénes los manejan.

Las dos últimas décadas del siglo XIX y primera del siglo XX se caracterizaron por ser una época de transición del campo periodístico. Los grandes cambios experimentados por el país en el período tuvieron su correlato en el ámbito de los medios. Entre otras cosas se conformó un nuevo público de lectores con diversos intereses literarios: folletines y novelas, pero también diarios (incluso vespertinos) y revistas. La imprenta rioplatense se perfeccionó e incorporó maquinaria de última tecnología, alcanzando un volumen y un costo de producción nunca visto en la región. El número de diarios se multiplicó rápidamente, así como también la aparición de nuevas obras literarias de artistas locales y extranjeros.

Muestra de estas transformaciones son las cifras correspondientes a la cantidad de publicaciones que circulaban por entonces. De acuerdo con lo consignado por Sylvia Saitta, el número de publicaciones totales en el país pasó de 610 en 1895 a 831 en 1914. Asimismo, la cantidad de diarios se duplicó en ese período y en el año 1913 la tirada de ejemplares diarios era de 520.000 (4).

Los diarios de ese momento eran generalmente propiedad de personalidades vinculadas a los sectores dirigentes, que contaban con la prensa como ámbito para difundir sus proyectos político-ideológicos. Militantes de la izquierda política también se valían de diarios, principalmente de La Vanguardia y La Protesta, órganos de prensa del partido socialista y del anarquismo, respectivamente.

Tal como señala Saitta, uno de los ejes más importantes para comprender las transformaciones del período “es el intento de resolver la tensión entre un ideal de prensa independiente, a cargo de periodistas profesionales y una larga tradición de prensa partidaria, ligada a las luchas entre facciones políticas” (5). La modernización del sector implicaba también la incorporación del nuevo estilo periodístico norteamericano, el cual dejaba de lado el clásico diario de opinión, los públicos acotados y más ilustrados, para hacer hincapié en la importancia de transmitir lo antes posible los nuevos sucesos, las novedades, empleando siempre títulos e ilustraciones llamativas. Además, se brindaron nuevos servicios como la suscripción mensual, y comenzaba a producirse la segmentación del público.

También empezó a surgir la profesionalización de la labor: apareció la figura del periodista asalariado, remunerado por una tarea intelectual, que en muchos casos provenía de la nueva clase media instruida y favorecida por el crecimiento de la administración pública.

Podemos decir, entonces, que es en este período cuando se inicia el proceso de constitución del campo periodístico, a través de relaciones de fuerza entre los agentes intervinientes en él y de la configuración de los principios y propiedades que le otorgan su

autonomía dentro del conjunto de la sociedad. Como explica Bourdieu: “la estructura del campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha” (6).

En esta primera década del siglo XX, como señala Ricardo Sidicaro, “los medios de prensa participan en una puja contra otros medios de prensa en la que tratan de convertirse en los más serios, los más prestigiosos, los de mayor tirada, los de palabra más autorizada, los de prédica más legítima, etc.” (7).

Además, las relaciones al interior del campo revisten por entonces la particularidad de la intervención, en la lucha por la apropiación del capital en cuestión, de sectores despojados de posiciones dominantes en otros campos. Es decir que en este período, la relación entre sectores obreros o populares y prensa, no está aún signada por la rotunda diferenciación entre productores y consumidores.

El análisis de los medios gráficos

A fin de brindar unos breves datos de referencia para nuestro análisis, recordemos algunas de las características de cada uno de los diarios elegidos:

- La Nación: Fue fundado por Bartolomé Mitre el 4 de enero de 1870. Es el segundo matutino en importancia (después de La Prensa) por su influencia, su tiraje y las figuras que en él colaboran. Para 1913 llega a una tirada de aproximadamente 100.000 ejemplares. Se caracteriza por su intervención en los debates políticos (como *Tribuna de doctrina*, tal como el mismo diario se identifica) y por su influencia en el campo cultural, especialmente en literatura.
- El Diario: Es el vespertino más antiguo, fundado en 1881 por Manuel Lainez. Hacia 1913 tiene una tirada de 60.000 ejemplares en dos ediciones diarias.
- La Razón: Fue fundado el 1º de marzo de 1905 por el periodista Emilio Morales. Tiene en 1909 una tirada de aproximadamente 80.000 ejemplares, ente sus cinco ediciones diarias.
- La Argentina: Fundado en noviembre de 1901 por A. Massioti, sacó su primer número el 1º de enero de 1902. En sus comienzos, el diario era bi-semanal, pero siete años después alcanzó a imprimir 3 ediciones diarias. Se presentaba a sí mismo como: *Diario de la mañana, moderno, independiente e impersonal*.
- La Protesta: Es el órgano de prensa del anarquismo, originalmente llamado La Protesta Humana, surgido en 1904.
- La Vanguardia: Es el diario del partido socialista, aparecido en 1894. Para tener una idea de su alcance, podemos mencionar que el número especial del 1º de mayo de 1906 tiró 60.000 ejemplares.

A partir de lo publicado por estos medios entre el 1º y el 10 de mayo de 1909, es posible señalar algunas particularidades e invariantes representativas de las tensiones propias del campo en ese momento, como también de un cierto ideario de época presente en algunos tópicos asumidos y puestos a su vez a circular socialmente por los medios. Encontramos claros indicadores de la tensión entre prensa política (facciosa) y prensa comercial (independiente) que atraviesa el campo en su totalidad. Dicha tensión se evidencia aún más en tanto los medios hacen permanente mención a su propia condición y al lugar que pretenden en la sociedad.

Expondremos aquí algunos ejes que, creemos, nos ayudan a comprender las modalidades de intervención social de los medios gráficos en este particular momento histórico:

- **La participación política: posicionamientos explícitos**

Cada diario construye en sus notas, de modo bastante explícito, su opinión acerca de los principales actores involucrados en el conflicto. Los trabajadores, la policía, el gobierno, las centrales gremiales, el intendente de la ciudad, todos son aludidos. No sólo se construyen caracterizaciones de cada quien y del rol que le cabe en el conflicto, sino que también se los interpela en forma directa. Pero además es habitual que a los protagonistas del conflicto se les dé la voz en las páginas de los diarios, sea por medio de diálogos o reportajes informales, o a través de transcripciones de proclamas partidarias o partes policiales. La lectura de los diarios permite inferir no sólo la posición de cada uno dentro del incipiente campo periodístico, sino sobre todo, sus posturas y lineamientos políticos.

La Razón, por ejemplo, suele reivindicar la labor de las autoridades y, aun cuando todos los medios refieren a la responsabilidad policial como causal de las muertes y de la huelga, este diario acude al sempiterno argumento de que “*ha habido excesos de ambos lados*” (La Razón, 3ra. Edición, 7/5/1909). En ocasión de dar la palabra al jefe de policía, éste asegura -en un diálogo de tono amigable y distendido-, que “*todo ha terminado y que todo el mundo debe reanudar sus tareas*” (La Razón, 5ta. Edición, 6/05/1909).

Este mismo diario utiliza sus páginas para elevar una felicitación al presidente (por no haber establecido el estado de sitio) y, al mismo tiempo, exponer lo que desde su perspectiva es el deber ser de las fuerzas policiales: “*El presidente de la República se ha*

opuesto con justa razón a que se adopten medidas de seguridad extraordinarias para la conservación del orden público en la capital. Debemos aplaudir el juicio y la serenidad conservadas por el primer magistrado (...) La acción policial debe ser exclusivamente preventiva y en el peor de los casos no debe pasar el límite de lo absolutamente necesario para contener cualquier desborde...” (La Razón, 4ta. edición, 4/5/1909).

La Nación, en cambio, manifiesta una postura tanto más distante y crítica respecto del accionar de las autoridades (8). En una nota que da cuenta del frecuente tono adoctrinador del diario, dice: *“La ciudad está purgando el pecado de tener, en lo policial como en lo municipal –dos fases igualmente importantes de la vida urbana- autoridades que no le inspiran afecto y que le merecen poca confianza. Productos de la política, se ocupan demasiado de política y desatienden la función primordial de identificarse con la masa de los administrados.”* (La Nación, 4/5/1909).

La postura del diario La Argentina -a través de uno de sus editoriales- va más lejos en su ataque directo a la figura presidencial: *“Pero el Presidente ama lo que el pueblo detesta y el jefe de policía es hoy uno de esos favoritos que ya no se estilan, propio de los tiempos medievales. No estamos ya en la Edad de Hierro, en que don Pedro el Cruel, ciegamente obedecido por Juan Diente, hacía de las suyas.”* (La Argentina, 1ra. edición, 4/5/1909).

En el campo obrero, las apelaciones a las autoridades son permanentes, y las críticas no escatiman caracterizaciones ni calificativos. La Vanguardia dice del Presidente, por ejemplo, *“Figuroa Alcorta, en su pequeñez de gobernante sin ideas ni escrúpulos ha de estar cansado del movimiento obrero y socialista y ordenó a sus esbirros la represión violenta.”* (La Vanguardia 3/5/1909). Además, el socialismo suele recurrir a su órgano de prensa para dirigirse de modo directo a las autoridades: *“Comunico al Sr. Jefe de policía que el partido Socialista ha acordado invitar al pueblo de la capital a concurrir mañana (...) con el fin de suscribir la nota que se elevará al gobierno reclamando la renuncia del Coronel Falcón de su cargo de Jefe de Policía...”* (Carta del secretario del Partido, Mario Bravo. La Vanguardia, 6/5/1909).

También el anarquismo, a través de La Protesta, alude e interpela con frecuencia a quienes posiciona como sus enemigos. Asiduamente equipara y unifica el campo de la política con el del periodismo: *“La Prensa, diario que antes atacaba duramente a las autoridades por los atropellos que cometían contra el pueblo (...) actualmente se ha convertido en portavoz de la infamia gubernamental (...) y complaciente publica la sensacional noticia de que el movimiento huelguista es debido a unos cuantos agitadores extranjeros, a quienes hay que expulsar (...) Sepan La Prensa y el coronel, que entre los elementos que más descollan por su actividad en la propaganda y en la lucha, los más numerosos son argentinos.”*(La Protesta, 6/5/1909). De la misma manera denuncia: *“La nota la dan los diarios. Dos babosos aspirantes a encaramarse en el pudridero de la política: La Prensa y La Razón. La primera vieja prostituta, que jamás se detuvo en remilgos de virtuosa, que su única preocupación fue y será la de explotar al pobre trabajador con sus anuncios denigrantes de venta de brazos (...) con una parcialidad que asombra, tiene la audacia de desconocer la premeditación y la alevosía que la jefatura de policía, en al persona del microcéfalo jefe, preparó en el asesinato del 1º. La segunda, La Razón, órgano de un lacayo empoltronado, de un negro que no hace mucho sacábale la salivadera a un periodista de la Avenida, del cual era sumiso servidor (...) Pero, ¿qué más pueden decir esos imbéciles? (...) Nunca fueron nada y nunca serán nada (...) ¡Vendidos! ¡Amorfos!* (La Protesta, 4/5/1909).

No sólo la prensa obrera incluye en sus páginas la toma de posición frente a otros medios gráficos. La Razón, por ejemplo, hace público su malestar por no ser reconocido por sus pares: *“Fuimos los únicos decimos, por eso nos causa disgusto constatar que nuestro colega de ‘La Nación’ habla en su crónica de hoy de ‘los diarios’ que anoche llevaron la noticia...”* (refiriéndose a que La Razón fue el único medio que anunciara la aparición de la bomba el mismo día de la explosión. La Razón, 3ra. edición, 8/5/1909).

- Ellos y nosotros y la construcción del público

La prensa obrera, tanto en el caso de La Vanguardia como de La Protesta, postula en sus escritos un *nosotros* y un *ellos* claramente identificable. El *nosotros* remite indistintamente a trabajadores, clase proletaria, pueblo, obreros; mientras que el *ellos* está –alternativa o simultáneamente- constituido por la burguesía, el gobierno, la policía, la prensa burguesa. Luego de la masacre del 1º de mayo, las fuerzas de seguridad (en calidad de brazo armado del Estado y como indiscutido antagonista de los trabajadores) son las más aludidas. Los policías son *cosacos*, *esbirros*, *genízaros* (sic), y en calidad de tales actúan de modo *“prepotente”*, como *“cobardes hasta lo inaudito”* (La Protesta, 4/5/1909) y en *“actitud de repetir los acostumbrados crímenes que caracterizan a la siniestra repartición”* (La Vanguardia, 4/5/1909). El jefe de policía, denominado por los socialistas como *“el verdugo Falcón”* es también, entre otras caracterizaciones, *“el flojo coronel que manda asesinar a traición y a mansalva”* (La Protesta, 4/5/1909). Muchas de las notas de los diarios obreros terminan reclamando la remoción o la muerte de Falcón (9). A modo de ejemplo: *“Trabajadores y ciudadanos: El Comité Ejecutivo del partido Socialista os exhorta a no trabajar desde hoy hasta que renuncie o sea despedido el jefe de policía (...) Viva la huelga general. ¡Fuera el jefe de policía!”* (La Vanguardia, 3/5/1909).

En el caso de la prensa no obrera, también se hace evidente la demarcación de un *nosotros* frente a un *otros*. No obstante, ese

nosotros representado por cada diario aparece marcado por una disputa que se manifiesta tanto en términos políticos, a través de una intervención sesgada por la tendencia política y/o partidaria de cada medio; como bajo la lógica periodística, que supone la configuración de públicos cada vez más amplios y masivos.

Pugnando por un lugar de primacía en el campo periodístico, La Razón dice: *“con una satisfacción bien comprensible y justificable, podemos decir que LA RAZÓN ayer ha respondido fielmente a las expectativas del público, quien arrebató de manos de los vendedores nuestros ejemplares, alcanzando así un tiraje que jamás fue superado por diario vespertino alguno, pues llegó a 83.000 ejemplares”* (La Razón, 5ta. edición, 4/5/1909).

En una nota titulada *“La popularidad de LA ARGENTINA”*, este diario publica que: *“La extraordinaria popularidad de LA ARGENTINA jamás ha tenido una confirmación más elocuente que ayer (...) El público literalmente arrancaba los números de las manos de los vendedores. Tal fue la demanda, que ayer hubo que mantener en plena función las rotativas.”* (La Argentina, 5ta. edición, 3/5/1909).

El público es a su vez equiparado a la población o los vecinos en muchas de las caracterizaciones que los diarios construyen. En el caso de El Diario, éste hace foco reiteradamente en *“los vecinos de la ciudad”*, aludiendo *“al buen sentido público”* o *“al vecindario pacífico”*, y presentándose como su portavoz.

Por su parte, La Argentina hace mención constante a los percances que la huelga ocasiona a los habitantes de la ciudad (al menos a algunos sectores). Por ejemplo: *“Las mujeres y los niños, excepto los de la clase obrera, brillaban por su ausencia en los tranvías y sitios de tránsito público, viéndose en cambio a muchas familias asomadas a los balcones, como único lugar seguro de expectación.”* (La Argentina, 3ra. edición, 6/5/1909).

La Nación también parece arrogarse el lugar de intérprete de un nosotros que, si bien en principio abarca a todos los habitantes de la ciudad, sólo interpela a quienes se oponen a las protestas obreras (en particular a la modalidad de lucha anarquista), sin dejar de asumir una postura crítica frente a la actuación de las autoridades. Tal como puede leerse en el diario de Mitre: *“Así como la población de la ciudad, que detesta la plaga del anarquismo, tuvo un solo estremecimiento de repulsión al saber el ensañamiento sangriento con que fueron reprimidos los desmanes pseudo-anarquistas del 1º de mayo, así también la masa de habitantes de esta gran metrópoli va opinando con rara unanimidad que el paro ocasionado por aquellos sucesos no debe ni puede prolongarse un día más.”* (La Nación, 6/5/1909).

- Una misión cuya legitimidad se basa en la profesionalidad periodística

Podemos ver que la idea de misión, explícitamente expuesta, da cuenta de una pretendida intervención de los medios en la sociedad basada en la obligación –más allá de intereses y conveniencias particulares- de contribuir al bien público. Por supuesto que este *bien público* asume diversas caracterizaciones y connotaciones, según de qué diario se trate.

En algunos casos, esa concepción de *bien público* aparece claramente ligada al orden y a un ideal garantista. En ese sentido, escribe La Nación: *“Hemos señalado, como era nuestro deber, las responsabilidades que corresponden a las autoridades públicas en los últimos sucesos, y lo hemos hecho precisamente en cumplimiento de nuestra misión en la prensa, que es de orden y de respeto a todos los derechos, sin cortesías ni oficiosidades con chicos o con grandes.”*(La Nación, 6/5/1909).

Las más de las veces, la misión del medio es vinculada al profesionalismo asumido a la hora de acceder a la información y elaborar la noticia.

La Vanguardia bajo el título *“Un triunfo de La Vanguardia. La policía le niega información – tienen miedo”*, narra que *“siguiendo la costumbre de recurrir a todas las fuentes en bien de la información, enviamos ayer a uno de nuestros reporteros para que transcribiera los telegramas policiales en la oficina de guardia del departamento”*. Ante la negativa policial, la nota termina diciendo: *“por otra parte, nuestra información no se resentirá en lo más mínimo, pues siempre hemos tenido una prudentísima duda en cuanto a la veracidad de las versiones policiales.”* (La Vanguardia, 9/5/1909)

Días antes La Nación planteaba la misma situación: *“Las medidas adoptadas por la policía para reservar en absoluto cuanta información se relaciona con el asunto del día (...) esto no obedece a una orden del jefe de policía (...) y su segundo, más realista que el rey, se opuso terminantemente a que los diarios llenaran su misión. Yo creo –les dijo- que los resultados de esta huelga se deben principalmente a los diarios, que apadrinan a los agitadores con el solo hecho de publicar cuanto se refiere al movimiento.”* (La Nación 4/5/1909).

También la rapidez con que el medio brinda la noticia a su público es un componente importante de la legitimidad buscada. Por ejemplo, La Argentina postula: *“Inmediatamente que tuvimos conocimiento del tiroteo, pusimos en movimiento nuestros reporters los que, constituidos en el lugar de los hechos, pudieron constatar...”* (La Argentina, 5/5/1909).

La presencia de un representante del medio cerca de los sucesos, o su acceso a las fuentes de información privilegiada son hechos frecuentemente mencionados en los diarios. Muchas veces es relatada como parte de la propia noticia la acción

emprendida por el medio, a través de sus reportes, o hasta de los canillitas, para permitir el acceso del público a la información. Las acciones que impiden la labor del diario, también aparecen narradas.

La Protesta alude a sus canillitas del siguiente modo: *“varios chicos de los que vocean diariamente LA PROTESTA fueron en la mañana de ayer detenidos por un desgraciado instrumento del flojo coronel que manda asesinar a traición y a mansalva...”* (La Protesta, 4/5/1909). Algo muy similar señala La Vanguardia: *“en las primeras horas de ayer, los vendedores de diarios que voceaban los boletines de LA VANGUARDIA eran detenidos, prohibiéndosele la venta. En muchas comisariás eran rotos los ejemplares, sin pagar, por supuesto, su importe a los vendedores.”* (La Vanguardia, 4/5/1909).

Con respecto al acceso a fuentes diversas, La Razón publica: *“Nosotros, en procura de la confirmación de estos hechos, que resultan verdaderamente deplorables, hemos agotado todos los medios de investigación posible, pero sin resultado deseado.”* (en relación con la supuesta muerte de unos conscriptos. La Razón, 5ta. edición, 6/5/1909). De la misma manera, al día siguiente, dice este diario: *“A este fin único nos dirigimos a nuestro informante, que el mundo comercial representa uno de los factores de gran significación en esta capital”* (sobre las versiones y apreciaciones circulando en la Bolsa de Comercio acerca del conflicto. La Razón, 3ra. Edición, 7/5/1909).

El aquí y ahora, que vincula a los acontecimientos con la presencia del medio (y por ende con la idea de inmediatez, de primicia) es permanentemente reforzado mediante el uso de algunos deícticos, que ubican al diario en el lugar y el momento oportuno. A modo de ejemplo, La Razón aclara: *“En este momento, 12 del día, se nos comunica que los doctores Justo y Bravo han sido puestos en libertad.”* (La Razón, 5ta. edición, 4/5/1909). Del mismo modo, La Protesta publica: *“A la hora de cerrar este boletín la policía sigue rodeando el local de LA PROTESTA.”* (La Protesta, 2/5/1909).

-Tensiones y consensos: sucesos extraordinarios y tópicos comunes

Otra característica llamativa que se desprende del análisis tiene que ver con la ausencia de grandes discrepancias sobre los criterios de noticiabilidad. Los medios estudiados presentan, a grandes rasgos, los mismos sucesos, que podríamos considerar los *hitos noticiables* del conflicto. Entre ellos: la represión del 1º de mayo, la negativa del gobierno a entregar los cuerpos en la morgue a la multitud allí congregada el día 4, el estallido de una bomba en un tranvía, el fin de la medida de fuerza y la paulatina normalización de la ciudad. Cada uno de estos sucesos ocupa las portadas de los diarios el día en que ocurren y los medios les dedican las principales columnas, incluyendo en ellas voces y versiones diversas (de las autoridades, de los dirigentes obreros, de testigos presenciales, o del propio cronista enviado a cubrir los hechos) de lo acontecido. En general se publican también partes oficiales, informes policiales, listados de muertos y heridos, o convocatorias a mítines de las centrales obreras.

Sin embargo, cada uno de los medios parece esmerado en destacar su enfoque y criterio de selección y construcción de las noticias, en virtud de su alto grado de representatividad respecto de lo que *todos* piensan. La lectura de los diarios permite distinguir ciertos tópicos asumidos en ellos como propios y compartidos por la sociedad toda, ciertos criterios y juicios de valor que se presentan como indiscutidamente universales.

En ese sentido, los medios analizados dan cuenta en reiteradas ocasiones de una supuesta *unanimidad*, de un *consenso pleno* en torno de algunas cuestiones *fuera de toda duda y discusión*. Frente a esas cuestiones, los diarios se postulan como privilegiados o esclarecidos voceros. Así, El Diario postula que *“Ahora ya la protesta no es únicamente obrera. La ciudad en masa condena el atentado y reclama un castigo.”* Y agrega: *“El peligro inherente a esta situación es obvio. La iniciación de represiones sangrientas puede ocasionar de un momento a otro nuevas jornadas de sangre. El buen sentido público, que nunca se engaña con estas cosas, lo comprende perfectamente.”* (El Diario, 4/5/1909).

La Razón, también remite a lo que está fuera de dudas: *“El carácter que está asumiendo este movimiento no permite abrigar dudas respecto a la necesidad imperiosa de buscar una vía de solución cualquiera a fin de que la calma vuelva a imperar en el espíritu público acongojado en estos momentos por los hechos sucedidos y por los que pueden suceder.”* (La Razón, 4ta. edición, 4/5/1909). Y La Nación traduce lo que todos sienten: *“el atentado del sábado no tiene la virtud de una medida represiva contra avances anarquistas que todo el mundo mira con antipatía”* (La Nación, 4/5/1909).

La finalización del conflicto, asimismo, es presentada como generadora de consensos. Dice El Diario: *“Todo el mundo se felicita de la terminación de la huelga por el estado de inquietud e incertidumbre en que se hallaba la población”* (El Diario, 10/5/1909).

Este consenso social que construye la prensa en torno de ciertos tópicos, se hace aun más evidente si analizamos lo escrito en los diarios a raíz de la explosión de la bomba -hallada en una canasta en un tranvía- el día 7 de mayo. El suceso no sólo es enérgicamente condenado y repudiado, sino que es abordado como un hecho disruptivo que se encuentra más allá del horizonte de posibilidades de esta sociedad. Dice, por ejemplo, La Nación, al día siguiente del estallido: *“Todas las clases sociales confundieron anoche en un solo gesto vindicatorio, en una sola palabra justiciera, al reprobación del hecho (...) no hay palabras suficientemente enérgicas para condenar este crimen (...) verdadera manifestación del odio humano sin término ni objetivo.”* (La

Nación, 8/5/1909).

La única excepción está dada por La Protesta, que apenas menciona el episodio el día 8, y el 9 publica una nota titulada “La bomba y los diarios”, en la que critica a la *prensa burguesa* que no se detiene a preguntarse el porqué del atentado. Este diario afirma: “Nosotros lamentamos las víctimas inocentes, deseamos que si ha de haber bombas, bueno es que caigan sobre las cabezas de los verdaderos culpables y no de infelices. Y no obstante ello, ¡no podemos ni condenar ni aprobar el hecho de anteayer!” (La Protesta, 9/5/1909). Vale recordar que La Protesta había publicado días antes una nota que decía: “nuestra voz incita a la revancha. No inútilmente debe correr la sangre del pueblo...” (La Protesta, 5/5/1909).

A pesar de esto, ningún diario parece sentirse habilitado para construir un lugar de culpabilidad en torno del atentado y ubicar en él a algún sector obrero. El hecho no deja de ser articulado sobre la idea de la excepcionalidad. La Razón dice: “Fruto extraño en absoluto al ambiente argentino, el fermento generador de estos crímenes, no lo había concebido Buenos Aires como expresión de las ideas sociales más avanzadas que aquí se agitan y propagan.” (La Razón, 3ra. Edición, 8/5/1909). Y, ese mismo día, La Nación publica: “Sabemos que la enorme masa obrera de Buenos Aires no es responsable de este crimen y que solidarizarla con él fuera incurrir simplemente en un error, que sólo la más ciega de las obcecaciones puede acoger” (La Nación, 8/5/1909).

En ningún caso puede afirmarse que la violencia sea un eje sobre el cual los medios gráficos no obreros asuman una construcción discursiva estigmatizada de los sectores trabajadores. Por el contrario, El Diario postula que: “el obrero es en Buenos Aires, por regla general y con excepciones contadas, sincero y obediente. A la masa proletaria, salvo en los casos de huelgas sistematizadas, se la maneja y encarrila fácilmente sin apelar a la extraña violencia.” (El Diario, 4/5/1909). El análisis del conflicto planteado por La Nación no contradice esa aseveración. Allí se dice que “nadie pone en duda que la policía ha procedido con excesiva dureza”, para agregar que: “aparte de los lamentables acontecimientos de anteayer, existen otras causas que vienen determinando de tiempo atrás un visible malestar entre las clases trabajadoras. El alza de los artículos de primera necesidad les ha creado una situación evidentemente difícil (...) a la policía toca la parte principal en las responsabilidades del lamentable episodio.” (La Nación, 4/5/1909).

Algunas reflexiones finales

En este trabajo nos propusimos analizar qué publicaron los diarios de la época respecto de los sucesos que luego serían conocidos como la Semana Roja de 1909. Asumimos que para acceder a los sentidos puestos a circular por los medios gráficos resulta imprescindible dar cuenta de las particularidades del momento histórico y del campo periodístico, contexto ineludible para abordar el posicionamiento de los diarios a partir de sus construcciones discursivas.

En este caso, la excepcionalidad del período (como se ha dicho, un momento clave en términos de luchas obreras, transformaciones políticas, y conformación del campo periodístico) vuelve claramente visibles algunas particularidades de las modalidades de intervención de los medios.

Vimos aquí, entonces, como la participación política juega un importante rol en la definición de posiciones de los medios. Esta participación supone la definición de un campo de acción, la asunción de una postura dentro del mismo, la reivindicación de ciertos referentes, y también la crítica y el ataque de las fuerzas detractoras o enemigas. Pero, al mismo tiempo, la lógica propia del campo periodístico implica la necesidad de cada medio de dotarse de un público, destinatario y cliente de su producto. Y, en el marco de las luchas y tensiones al interior del campo, es la capacidad de representar y convocar a sectores mayoritarios del público la que condiciona el éxito del diario, en tanto empresa compitiendo en el mercado. Por otra parte, señalamos cómo los imperativos del periodismo moderno introducen una modalidad de producción de la noticia que parece dejar poco margen para distinciones tajantes a la hora de configurar los hechos noticiables y cubrir las primicias de cada día. Y son esos imperativos los que actúan como explícita justificación y legitimación de la misión social asumida por cada medio.

Además, este acercamiento al ideario de la época analizada (recordemos que se trata del año anterior a las celebraciones del Centenario) nos brinda la oportunidad de analizar ciertas configuraciones de sentido recurrentes, comunes, aparentemente universales e indiscutidas, que se manifiestan en los medios a la vez que son construidas por ellos.

Finalmente, nos parece importante destacar que el enfoque histórico sobre los medios masivos resulta esencial para comprender de qué manera éstos han ido configurando sus parámetros y criterios de intervención en la sociedad, a la vez que han ido modificando y reconfigurando ese escenario social a través del que circulan los sentidos con los que todos, cada día, damos cuenta de nuestro propio mundo.

Por ello, nos proponemos seguir trabajando en esta línea, que, creemos, abre valiosísimas perspectivas.

- (1) Frydenberg, J. y Ruffo, M., *La semana Roja de 1909*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992, pág. 28.
- (2) Frydenberg, J. y Ruffo, M., *op. cit.*, pág. 43.
- (3) Baczkó B. en Ford A., *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1999.
- (4) Saitta, S., *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 29-33.
- (5) Saitta, S., *op. cit.*, pág. 30.
- (6) Bourdieu, P., *Sociología y cultura*, México, Ed. Grijalbo, 1990, pág. 136.
- (7) Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1993, *op. cit.*, pág.12.
- (8) Sidicaro explica que “La Nación mantuvo en todo momento su oposición a lo que consideraba un proceso político absolutamente viciado (...) a principios de octubre de 1910, La Nación formuló un balance extremadamente negativo de la gestión de Figueroa Alcorta.” (Sidicaro, R., *op. cit.*, pág. 27).
- (9) Tal como algunos autores señalan, los anarquistas, contrarios por su ideología a bregar por la remoción de un funcionario (por considerarlo apenas un instrumento funcional al sistema, cuyo reemplazo por otro no implicaría en realidad una verdadera transformación), asumieron la consigna opuesta a Falcón por haberse ésta instalado entre amplios sectores de la población. Meses más tarde, en noviembre de 1909 el anarquista Simón Radowitzky acabó con la vida del jefe de Policía, al arrojar una bomba en el coche en que viajaba Falcón.

Bibliografía

- Bourdieu, P., *Sociología y cultura*, México, Ed. Grijalbo, 1990.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L., *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Ed. Grijalbo, 1995.
- Echagüe, C., *Las grandes huelgas*, Colección La historia popular. Vida y milagros de nuestro pueblo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Ford, A., *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1999.
- Frydenberg, J. y Ruffo, M., *La semana Roja de 1909*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- Godio, J., *Historia del movimiento obrero argentino. 1870-2000*, Buenos Aires, Ed. Corregidor, 2000.
- Hall, S., “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R., (Ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Iscaro, R., *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Ed. Fundamentos, 1993.
- Lobato, M. y Suriano, J., *La protesta social en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Marotta, S., *El movimiento sindical argentino. Tomo I: su génesis y desarrollo 1857-1914*, Buenos Aires, Ediciones Libera, 1975.
- Oddone, J., *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, Talleres gráficos La Vanguardia, 1934.
- Rama, A., *La crítica de la cultura en América latina*, Barcelona, Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Rivera, J. B., *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Ed. Atuel, 1998.
- Romero, J. L., *Desarrollo de ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Ed. Solar, 1983.
- Saitta, S., *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1993.